

se ven los restos de muelas para moler la piedra, rotas previamente, calentándolas y haciéndolas estallar después por medio de chorros de agua fría¹.

Aparte de los grandes trabajos mineros, otros hechos atestiguan relaciones de cambios que debieron tener lugar en épocas remotas entre los habitantes del Africa austral y las naciones comerciales del mar Rojo y del Mediterráneo. En todas las comarcas en que se ven ruinas de palacios y de templos análogos a los de Zimbabyeh, habitados en otros tiempos por los reyes o consagrados a los dioses, los indígenas han conservado el uso de varillas oratorias y adivinadores que es preciso asimilar ciertamente a los instrumentos de la misma forma que poseían los Fenicios, y casi todos, si no todos, los pueblos mencionados por los autores clásicos². Esas varillas son peladas de manera que las cintas de corteza, desprendidas en forma de hélice, flotan en la extremidad superior como largas alas; cuando se agita la varilla en el aire, la corteza rizada se desarrolla en banderitas como para soplar las plegarias de los hombres hacia la divinidad. Son unos «caduceos» como la varilla que Mercurio llevaba en su mano subiendo de la tierra hacia el señor del Olimpo; el astuto Jacob se servía también de una especie análoga de vara mágica para hacer nacer ovejas abigarradas en detrimento de su suegro Laban; asimismo los Sagos mencionan palos de oraciones que los antiguos Escandinavos tendían hacia los dioses.

El movimiento de cambios y de ideas que se produjo sobre la cara interior de Africa, vuelta hacia la misma cuenca marítima que Babilonia, el país de los Hymiaritas y de los Etiopes no tuvo su correspondencia en la orilla occidental exterior del continente, vuelta hacia las inmensas soledades del Atlántico. Sabemos que de este lado no hubo más que viajes de descubrimientos, no de relaciones duraderas; solían partir de un centro diferente, de aquel desde el cual se lanzaban los navegantes del mar de las Indias. Cartago, y no su madre fenicia, presidía a esas expediciones hacia el mundo atlántico, y pertenecen a otro siglo de la historia. Cuando los mercaderes car-

¹ De Launay, *Mines d'or du Transvaal*.

² Josep Millerd Orpen, *Nineteenth Century*, 1896, p. 193.

tagineses procuraban alejar los límites del mundo conocido, el eje de la humanidad se había desplazado en la dirección del Oeste, del Mediterráneo tirio y cretense, hacia el mar de Sicilia y de Etruria. El período en el cual Roma fué el foco de acción principal, había comenzado.

Sin embargo, desde la época anterior a la hegemonía romana, cuando el centro de la civilización mundial se encontraba todavía en las comarcas orientales del Mediterráneo, los Feni-



NIÑOS SUDANESES

cios y sus discípulos los Griegos, tenían conocimiento, como a través de una niebla, de todas las poblaciones del norte de Africa hasta el sud del desierto. La narración legendaria que nos hace Herodoto¹ de la expedición de los jóvenes aventureros Nasamons, reposa indudablemente sobre un fondo de verdad, porque la región septentrional del Africa es tal como la describe la historia. Unos viajeros procedentes de la Syrte, al oeste de la Cirenaica, tienen que atravesar, en efecto, sucesivamente la zona de los cultivos ribereños, después el país «Estancia de las fieras» y el vasto desierto de las arenas. Más allá comienzan

¹ *Histoires*, lib. II, p. 32.

nuevamente las llanuras en que crecen espontáneamente los árboles; regiones pantanosas se extienden más lejos, y la corriente de un gran río donde saltan los cocodrilos, detiene a los viajeros, aun hoy como en tiempo de los Nasamons. Si todos los habitantes de estas comarcas del interior no son, como dice Herodoto, hombres de pequeña estatura, se encuentran allí, no obstante, algunos que hasta pueden calificarse de enanos. Entre las naciones con las cuales los Nasamons estaban en relaciones, los antiguos citan los Garamantes, «numerosos y muy poderosos». Este nombre se encuentra quizá en la lista de las modernas designaciones de pueblos: puede preguntarse si podría verse en los Garamantes la población de los Sonr'hai, que habita en la comarca ribereña del Níger en la parte superior de la gran curva, y que se da a sí misma, lo mismo que a todo el país, el nombre de Djerma, Garama¹.

En cuanto a las regiones del litoral Mediterráneo, fueron ciertamente conocidas de los Fenicios, de los Egipcios y de los Helenos antes del siglo macedónico; pero lo que de ello dice Herodoto, prueba que la historia no había comenzado aún para las poblaciones de este litoral; a excepción de la Cirenaica y de Cartago, toda la costa pertenecía a unos clanes bárbaros vagamente entrevistados a través de la bruma de los mitos.

Tales son los Psylles, limítrofes de los Nasamons, de quienes dice la leyenda que se pusieron en marcha para ir a combatir el *notus*, es decir, el siroco; pero cuando llegaron al desierto de arena, entonces el viento les cubrió bien pronto con las blancas olas de sus dunas².

En una época en que los marinos guardaban los secretos de sus viajes, se tenían ideas muy vagas sobre la verdadera posición de las tierras más próximas; así es que de veinticinco a veintiséis siglos antes que nosotros, cuando un oráculo ordenó a los insulares de Thera que fueran a colonizar la tierra de Libia, fué preciso esperar mucho tiempo, porque nadie podía decir dónde se encontraba aquella misteriosa comarca; después se enviaron mensajeros a Creta, donde no se aventuró un solo pi-

¹ Hourt, *Sur le Níger et au Pays du Touareg*, p. 158.

² Herodoto, *Histoires*, lib. IV, p. 173.

loto hacia la Cirenaica, cuya costa no está, sin embargo, más que a unos trescientos kilómetros de distancia y se desarrolla en una larga curva que vuelve su convexidad hacia Grecia, como llamando a los Helenos para que vinieran a colonizarla.

